CAPÍTULO XII. *De otras opiniones y pareceres de cómo se poblaron estas tierras, según relación de los mismos indios*

PASANDO ADELANTE con nuestra probanza acerca de los varios dichos y opiniones que ha habido en orden de dar a entender la dependencia, origen y principio de estas naciones que poblaron la Nueva España, fue casi común dicho de todos que le tuvieron de un viejo y venerable anciano, llamado Iztac Mixcuatl que residía en aquel lugar, llamado Siete Cuevas (de que ya hicimos memoria en el capítulo pasado); el cual siendo casado con Ilancueitl hubo de ella seis hijos; al primero llamaron Xelhua, al segundo Tenuch, al tercero Ulmecatl, al cuarto Xicalancatl, al quinto Mixtecatl, al sexto Otomitl. De estos seis hijos (si se ha de dar crédito a lo que se halló escrito en los libros de sus pinturas) proceden grandes generaciones (cuasi como se lee de los hijos de Noé). El primero llamado Xelhua dicen que pobló a Quauhquechola, Ytzocan, Yepatlan, Teopantlan y después a Tehuacan, Coztatlan y Teotitlan. Del segundo (llamado Tenuch) vinieron los que se dicen tenuchca (que son los puros mexicanos, llamados por otro nombre mexica). Del tercero y cuarto, llamados Ulmecatl y Xicalancatl, también descendieron muchas gentes y pueblos. Éstos poblaron donde ahora está edificada y poblada la ciudad de los Ángeles y en Totomihuacan (que es una legua de la dicha ciudad, a la parte del mediodía) y andando el tiempo tuvieron grandes guerras y sus contrarios (que fueron muchos pueblos de aquella comarca) destruyeron a Huitzilapan y a Cuetlaxcohuapan, que eran en el mismo sitio donde ahora está la ciudad de los Ángeles y mucha parte de Totomihuacan. Los xicalancas fueron también poblando hacia Cuathazualco (que es hacia la costa del norte) y adelante en la misma costa está hoy día un pueblo que se dice Xicalanco, que solía ser de mucho trato, porque se juntaban muchos mercaderes de diversas partes y lejas tierras que iban allí a contratar. Otro pueblo hay del mismo nombre en la provincia de Maxcaltzinco, cerca del puerto de la Vera Cruz, que parece haberlo también poblado los xicalancas; y aunque están ambos en una misma costa, hay mucha distancia del uno al otro. Del quinto hijo, Mixtecatl, vienen los mixtecas, habitadores de aquel gran reino llamado Mixtecapan (que tiene cerca de ochenta leguas desde el primer pueblo) que cae hacia la parte de Mexico, llamado Acatlan hasta el postrero que se dice Tototepec, que está a la costa de el Mar de el Sur. Del postrero y último hijo, llamado Otomitl, descienden los otomíes, que es una de las mayores generaciones de la Nueva España; pues todo lo alto de las montañas, al derredor de Mexico está lleno de ellos, sin las provincias de Xilotepec y Tula, que eran su riñón; y en muchas de las provincias de la Nueva España, los hay pocos o muchos.

No causa pequeño (sino muy gran temor) querer desenmarañar una maraña (al parecer) tan sin luz ni claridad y donde tantos la han querido deshacer, y oprimidos de su dificultad la han dejado; pero no condenando

a los otros que no hallaron más noticia de lo referido, podremos decir nuestro parecer que, si no se aventajare en nada, al menos quedará arrimado a tan buenos cimientos como los propuestos; y si dijere algo más no será con intento de contradecir, sino con deseo de que la historia vaya siguiendo el orden que pide.

Lo primero se ofrece dificultar cómo siendo estos seis hijos nacidos de un propio padre y una misma madre vinieron a diferenciarse en las lenguas; porque son distantes y diversas entre sí, en especial la otomitl, que es la de los que descienden (según este parecer) de Otomitl, quinto hijo de Iztac Mixcuatl y la mixteca y tenuchca; y tan diversas así en la pronunciación como en las dicciones que en nada se parecen. Y siendo los padres de un lenguaje, los hijos habían de imitarles; y pues vemos la distinción y diferencia tan grande que hay de los unos a los otros, no sé con qué osado parecer podremos afirmar lo dicho. Aquí se me podrá responder que Noé y sus hijos hablaban una lengua y que después sus sucesores hablaron muchas; y que no es de inconveniente, para confesar, que son descendientes todos del padre Noé; así lo creo y tengo por averiguado y, como lo creo, lo afirmo; pero digo que en aquéllos fue esta confusión en pena de su pecado, queriéndose levantar a mayores y ponerse a brazos y fuerzas con Dios. Y así hubo allí milagro; porque lo fue grande que siendo todos de una misma lengua y entendiéndose en ella después no se conocían los unos a los otros, por hablar lenguaje nunca hasta allí usado; y ésta fue la causa de dividirse y juntarse en varias familias (habiendo sido una hasta aquel tiempo) acariciándose y queriéndose los que se hallaban de un lenguaje; pero en esta ocasión no sabemos qué tal haya sucedido, ni que haya habido causa que obligase a ello; de manera que por lo dicho vengo a colegir que el parecer de los que dijeron que fueron hermanos los seis, e hijos de un padre, no fueron acertados; si ya no es que se puede responder que hablando en su principio una lengua después se fue corrompiendo con el tiempo, como ha sucedido a la castellana que la que agora quinientos años se hablaba no es la misma que al presente corre; pero tampoco satisface, porque la castellana, aunque ha variado no en el todo sino en la parte (conviene a saber), en algo de los vocablos, y ha quedado en el todo con un color que se echa en él de ver haber sido siempre castellana; y entre la otomí y mexicana es tanta la diferencia que en ninguna manera concierta un vocablo con otro.

De que estas generaciones hayan poblado estas provincias no se me hace dificultoso; porque habiendo de ser pobladas de gentes pudo ser que fuesen éstos los primeros que dieron principio a estas poblaciones (quiero decir con estos nombres); pero si mi parecer vale (no pareciendo arrogante en contradecir a otros) diría más probablemente: que aunque éstos pudieron ser pobladores no lo fueron primeros, sino los tultecas (como luego veremos); de los cuales fueron hallados en la tierra algunos pocos cuando llegaron a ella los chichimecas, cuyo capitán y caudillo fue Xolotl; y éstos dieron razón de ellos y de sus pasados; y para mayor corroboración de esta verdad la confirmo con que si dicen que los mexicanos o tenuchtecas des-

cienden de Tenuch y sabemos que cuando llegaron a la tierra ya estaba ocupada y poseída de otros, síguese que no fueron primeros; y si se responde que no contradice haber sido postreros para que no hayan sido todos unos, pues tenemos dicho que aunque salieron en escuadrones y capitanías se adentraron unos y fueron siguiendo otros, con algún intervalo de tiempo; y que siendo así no implica esto para que todos no sean de un linaje, así lo confieso; pero niego (como tengo dicho) que sean de un padre, pues la lengua misma dice ser diversos y distintos. Y vemos que los aculhuas confiesan otros primero que ellos (que son los chichimecas) y los chichimecas a los tultecas, a cuyo fin y acabamiento llegaron. También los tlaxcaltecas (que tienen la misma lengua nahual) que los mexicanos y tetzcucanos (aunque algo más tosca y serrana), confiesan que sus antecesores vinieron de la parte del norueste (que es entre el norte y el poniente) y tienen por armas dos saetas; y las tenían guardadas con grande veneración y en las guerras las tenían como los egipcios el vaso o taza de Joseph, en el cual pensaban que estaba el arte de agorar, teniendo estos tlaxcaltecas estas dos saetas por principal señal para saber si habían de vencer, prosiguiendo la batalla, o si habían de retirarse y salirse afuera, lo cual hacían de esta manera. Cuando entraban en ella dos capitanes, los más principales y más valientes, las llevaban cada uno la suya para tirar con ellas a sus enemigos y procuraban hasta la muerte de tornarlas a cobrar; y si con ellas herían, tenían por señal cierta que habían de vencer; y poníales mucho ánimo y esperanza de cautivar muchos en la pelea; mas si con saetas no herían alguno, ni sacaban sangre lo mejor que podían, se tornaban a retirar, porque tenían agüero que les había de ir mal en aquella batalla. Esto es, pues, lo que éstos sentían de su ventura y razón que daban de su gente; pero porque no hablemos en género y sin distinción quiero comenzar en el capítulo siguiente todo lo que toca a la venida de estas gentes, por la manera que a cada familia, de las que agora se hallan, les sucedió y viaje que hicieron.

CAPÍTULO XIII. *Que trata de los gigantes, primeros moradores de estas indianas tierras antes de los tultecas*

UPUESTO QUE a tantos mil años que pasó el Diluvio e inundación general con que Dios castigó los moradores del mundo, y que después acá de este universal anegamiento se volvió a poblar y henchir de gentes que procedieron de Noé y sus tres hijos (que fueron los que por mandamiento de Dios,[1] entraron en el Arca y en ella se salvaron), digo: que habiendo sido de estos dichos (o descendientes de ellos) los que habitaron y poblaron las tierras (tomando cada cual nombre y apellido, como más a su propósito y plácito hizo) decimos consecutivamente que los que hasta agora se

[1] Genes. 7.